

Fui el regalo de la mujer que más hemos querido Álex y yo. Aún la echamos de menos. Noto que todavía la añora, cuando fija la mirada en el vacío donde ella ya no está. En esos instantes le hago notar que no está solo, lo miro ronroneando a su alrededor y salto a su regazo. Él me agradece mis desvelos: me abraza y me da besos en el hocico. Y es que mi relación con Álex es muy espiritual, nos amamos. De tanto hablarme he conseguido entender el idioma de los personas y hasta razono como ellas. Él también comprende lo que pienso, lo que nos permite entendernos como dos amigos.



Dormimos juntos en su cama. No cerca de él porque me molestan sus soplidos cuando entra en modo REM. Por las mañanas voy a su lado con ímpetu y le lamo la cara con mi áspera lengua hasta que le hago levantarse. Tira las sábanas a un lado, con mala leche, se levanta cabreado y me reprende airadamente.

—Que cabrón eres, ahora que había cogido el sueño.

No hago caso de sus improperios, porque se le pasa con la primera meada. Luego nos tomamos el desayuno mientras me cuenta las cosas que tiene que hacer. Le doy ánimos con mi carita de entusiasmo, pero no sé si entiende la fe que tengo en su talento.

Cuando va a salir, le dedico mis maullidos lastimeros.

—Espero volver pronto —me dice—. Si no, ponte la tele.

Los días de fiesta le dejo dormir un rato más. Si duerme con alguna chica no me permite entrar en la habitación, pero me pongo detrás de la puerta para oír los sincopados jadeos y los chasquidos de besos húmedos. Después me asomo a ver si está tras los cristales la gatita de enfrente y acabo desahogándome con el primer cojín que encuentro.



Aún recuerdo cuando dejé de ser un cachorro, la primera vez que empecé con el celo. Cómo iba dejando las marcas de pis por todos los lados, cómo Alex me regañaba con infinita paciencia.

—Fufú, no marques tu territorio si no tienes gatos que te acechen. Mea en el cajón —me decía.

Y así lo hice, todo sumiso. Igualmente he aguantado dos años oyendo con resignación las llamadas de las gatas en el tejado. Recluido tras las ventanas sin poder sofocar mis ansias sexuales. Se hace el loco cuando huelo las feromonas que flotan en el aire y ve cómo me froto con todo lo que puedo, me tiro a los cojines, a los juguetes o las alfombras. Sabe de mis ansias de follarme a la gata de los vecinos, pero Álex sigue sin dejarme saltar al tejado.

Le da miedo, pero de hoy no pasa, tengo que hacérselo saber.

Cuando abre la puerta me planto delante de él con la cola levantada, los mostachos afilados y el gesto cabreado de “quiero salir a la calle, quiero follarme a la gata de enfrente y a todas las gatas que encuentre”. Álex es listo, se dio cuenta al instante de que iba en serio.



—Pero ¿en qué estás pensando? No es posible. ¿Tú sabes qué será de los gatitos que vas a dejar en la calle desamparados? Estás loco. No sabes lo mal que lo pasan. Hambre, frío, las madres los abandonan a su suerte en cuanto los destetan.

“Se te olvida que soy un animal. Domesticado, sí, pero con el instinto .de un animal sin capar”

—¿Acaso te he dado una mala vida, Fufú? Sabes lo que te quiero ¿no te basta con eso?

“No. Quiero follar”

—¿Y qué hacemos con las crías?

“Ya se las apañarán. No me crees mala conciencia, igual viven mejor follando libremente. En el ecosistema existe un equilibrio. Si no fuera por los gatos que viven en libertad se os comerían las ratas”.

—Esa es otra ¿qué quieres, venir a casa después de comerte una rata? No, eso no te lo permito.

“Dame de comer antes de salir y te prometo que solo las encorreré para divertirme.”

—No, no me fío.

Y así es como la relación idílica se rompió. Dejé de ir a su cama, no le miraba a la cara y dejamos de comunicarnos. Al final, ante su negativa, me declaré en huelga de hambre. Todos los días me traía pescado del bueno, que yo rechazaba.

—Fufú, no me hagas esto. Llevamos sin comer tres días. Se me ha hecho tal nudo en el estómago que no puedo vivir.

Al final cedió y me abrió la ventana una noche mágica de plenilunio. Las gatas del mundo me esperaban en los tejados.



Dos horas después entré por la ventana, herido y desaliñado, pero henchido de satisfacción. Álex me bajó de la ventana.

—¿Has consumado?

“Sí”

Me aseó en profundidad. Curó los rasguños sangrantes del hocico y después de cenar un filete de lenguado que relamí hasta el plato, nos sentamos a ver la televisión uno al lado del otro.

—¿Saldrás más noches?

“Por supuesto, la gata me quería a mí, solo que esos gatos tienen mucha calle”.

—Pero prométeme que volverás siempre.

“Te lo prometo”.

La noche siguiente, temeroso de no verme más, Alex, dejó la ventana abierta. En nuestras miradas se cruzó la sombra de la duda.